

Zaki Eila, *Todos son mis hijos*, 2003¹.

Con los primeros rayos de sol sales de tu casa. No sabes adónde te llevan los pies. Adónde te conduce el camino. Te sientes derrotado. Un nudo te ahoga por dentro. Tu cabeza está a punto de estallar. Dicen que en casos como éste es preferible comunicarlo a la Cruz Roja. Especialmente si no lleva carné de identidad. Menor de edad.

Antes de la medianoche el estruendo que producían desgarraba el corazón del silencio. Botas militares.

Ruidos de radiotransmisores. Voces incomprensibles. Choques de pesados zapatos. Golpes. Casi aplastan la puerta con sus puñetazos. Corres asustado hacia el patio. Los reflectores hacen que te sangren los ojos.

Unos palos aporrean tus caderas. Tus hombros. Ellos te disparan unas palabras que te sacuden como látigos.

—¿Dónde están los niños?

Se lanzan contra las puertas. Te empujan. Pierdes el equilibrio. Amyad aletea entre sus manos como un pájaro al que los árboles evitan.

—¿Qué queréis? Él es menor. No tiene documentación.

Te dan un empujón. Arrastran a Amyad haciéndole tragarse el suelo. Gritos. Un puñal mellado corta tus arterias. Corres tras ellos. Te empujan. Te das la vuelta. Una espuma hirviente se agolpa en tu garganta.

—Nosotros hacemos nuestra vida. No nos han denunciado. No nos metemos con nadie. Ni con el ejército, ni con nadie.

Se te confunden las calles y las puertas. Es cuestión de tiempo. Un varón al cabo de cinco niñas. Lo contemplas una decena de veces. Lo pones ante tus ojos. Lo arropas con tus párpados. ¿Murmuran Cruz Roja, u otra cosa? Hay que hacer lo que hay que hacer. Es necesario comunicarlo a la Cruz Roja. Comunicarlo a las piedras del suelo, si hace falta. Pero... ¿cómo llegar a Gaza? Llegar hoy a Gaza es más difícil que pasar un camello por el ojo de una aguja.

El problema no está en andar. Ni tampoco es que no haya coches. La distancia entre Yabaliya y Gaza no es mucha. A menudo la has recorrido andando. El problema es que los malditos esos no dejan nunca a nadie en paz. Hoy, una huelga. Cazán a los que pasan por allí para levantar barricadas. Apagar los neumáticos. Quitar los obstáculos de en medio. Pasan las horas del día, pesadas, lentas, y tú no llegas a tu destino. Se te ocurre una idea. ¿Por qué no llamas por teléfono desde la clínica? Es más rápido, más útil y más seguro.

La imagen de Amyad te cierra el paso. Todo el tiempo le estás pidiendo que vaya a lo suyo. Eres demasiado pequeño para atacar y apedrear a nadie, para dar vueltas a la cabeza. ¿Qué puede hacer la palma de la mano frente al filo del cuchillo? Sabes que él finge escuchar tus palabras. Trataba así de complacerte.

Pero ¿adónde se lo han llevado? ¿Lo habrán entregado directamente a los auxiliares? ¿O lo habrán dejado toda la noche en las oficinas centrales del ejército?

¹ Zaki Eila é un autor palestino nado en Gaza en 1950. A traducción do relato é de M^a Dolores López Enamorado.

Te recorre un escalofrío. Sabes perfectamente lo que ocurre en las oficinas centrales del ejército. La historia de Hani Al-Chami² no se te va de la cabeza:

Un día por la tarde lo sacaron de su casa. En su versión pasada por agua, en su versión preparada para comercializar con ella, dijeron que se había resistido a la detención de su hijo pequeño. Ellos lo golpearon sin cesar, estando atado de pies y manos, en cada pulgada de su cuerpo, con porras y barras de hierro, delante de su hijo. Le pisotearon el pecho y la cara hasta que no quedó ni un soplo de vida en sus pulmones.

La luz dejó de brillar en sus ojos. Las paredes de la central se llenaron de chorros de su sangre y fragmentos de su carne.

Te acercas a la plaza que lleva a la clínica. Muchedumbre. Voces. Estruendo. Movimiento. Te invade la inquietud. Resbalas por la calle. Voces cargadas de ira:

—Dicen que han encontrado a tres niños con los ojos vendados, y atados de pies y manos. Los israelíes, después de destrozarlos, los arrojaron a la plantación de Assaf.

—Si Dios no hubiera puesto su mano, no habría quedado vivo ni uno solo de ellos.

Una mujer oyó un gemido junto a la valla. Llamó a la gente. Los han cogido en el último aliento. Sales corriendo hacia la sala de primeros auxilios. Cuerpos delgados, tiernos, tendidos sobre las camillas. Cuerpos que rezuman sangre, barro y agua.

Murmullos. Estertores. Gemidos.

Una corriente fría te hiela de golpe. Tu pecho sube y baja. Dejas escapar un grito frágil. Un grito agotado:

—Amyad...

La voz del médico, precipitada:

—Hay que llevarlos al hospital Al-Chifá. Necesitan transfusiones de sangre. Hay fracturas y hemorragias.

Grupos de jóvenes corren hacia los coches que llevan a los niños. Se hacinan en su interior. Se ponen a trabajar. Camillas. Un bosque de manos. La sangre lo cubre todo. Tus huesos crujen. Se te nublan los ojos.

Un agua salada se condensa en tu boca. Agonía. Es cuestión de tiempo. Todo lleno de órdenes: subir y bajar; ir y venir. Se te cierran los ojos. Tratas de confundir la verdad oculta en tu interior. La piedra frente al tanque. La palma de la mano y el filo del cuchillo.

Una vez se envalentonó y te respondió:

—Ellos no dejan en paz a nadie. Provocan a todo el mundo. Nadie se libra de su maldad. Sus palabras siguen resonando, candentes, en lo más profundo de ti.

...El que está sentado o el que está de pie, a ellos les da lo mismo. Nadie se salva de esa plaga. No excluyen ni al grande ni al pequeño. Amargan la vida a todo el mundo. Apartarse de su camino es inútil. ¿Esconder la cabeza en el suelo? ¿Qué hace la palma de la mano ante el cuchillo? Hace que persistan más. Codician tu sangre y tu carne más y más.

² Uno de los héroes de la resistencia popular del año 1956; murió mártir, bajo los golpes de las porras, el 22 de agosto de 1988, esposado a la mano de su hijo de trece años.

La palma de la mano puede convertirse en una espada que mella el filo del cuchillo. Lo rompe. Lo tritura si tiene la firmeza y dureza necesarias. La piedra es una protección para tu carne. La honda es una fortaleza para tu sangre. Para la sangre de todos.

Gritos fuera de la clínica. Barricadas. Piedras. Hondas. Porras de hierro. Tubos de cemento. Humo.

Grupos de mujeres que llevan las piedras en cestas.

Te gustaría hacer astillas una honda, una piedra en manos de los jóvenes, la ira que se derrama sobre las oficinas centrales del ejército.

Mientras te subes a la ambulancia cae sobre ti la pregunta del médico:

—¿Cuál de ellos es tu hijo?

Enmudeces unos segundos. Imágenes ardientes se precipitan hacia el coche. Tu voz forma una pasta con la sangre, el agua y el barro, y le dices:

—Todos son mis hijos.